

Travesía a Santa Elena

John Edwin Baena Gallego

Para los primeros días de un diciembre habíamos programado la entrega del ahorro escolar a los niños de El Placer, una institución educativa de Santa Elena, corregimiento de Medellín.

El día comenzó como los anteriores: una mañana fría, incluso con llovizna, apenas para no levantarse de la cama. Sin embargo, me desperté con muchas energías y a las siete de la mañana salí a encontrarme con mi compañero de trabajo, Bréyner Borja. Empacamos el dinero de los ahorros en pequeños sobres blancos y emprendimos el viaje en carro hacia Santa Elena.

En el camino recogimos a doña Beatriz, la directora de la institución. Cuando llevábamos

más o menos veinte minutos de recorrido nos hicieron la señal de pare: no podíamos seguir porque se estaban llevando a cabo trabajos de reparación en la falla geológica que hay en la vía. Eso significaba regresar y tomar la carretera a Las Palmas para llegar hasta la institución.

Beatriz, usando sus dotes de maestra, convenció al joven para dejarnos continuar. De todos modos, nos advirtió, era probable que no nos dejaran seguir después de la vereda Media Luna. Arrancamos de nuevo con la esperanza de que la directora encontrara la forma para pasar.

Como era de esperarse, al llegar al sitio de los arreglos no nos dejaron continuar. Pero doña Beatriz tenía un segundo plan. Se bajó del carro y empezó a subir por la montaña, y nosotros a seguirla sin decir una palabra. Yo me caí cuatro veces y me embarré todo el pantalón. Cuando terminamos la travesía lo que vi me pareció insólito: Doña Beatriz parecía que solo hubiera pasado por un pequeño pantano, porque sus zapatos apenas si tenían un poco de barro, mientras que mi compañero y yo... ya se podrán imaginar.